

por suplicarme por lo más sagrado, no le haga otras preguntas.

—¿Será tal vez que ya no me quieres? concluí. ¿Seré yo la causa inconsciente de tu tribulación?

—Por la Virgen Santísima, me contestó con viveza, no sospeches de mi amor. Te quiero como siempre, más que nunca; pero no me preguntes cuál es la causa de mi congoja, porque no te la puedo decir. La sabrás al fin, porque tienes que saberla. Entretanto, pongo por testigo á ese Dios que nos oye, de que todo mi pensamiento, todo mi cariño, todo mi ser son tuyos, nomás tuyos, ahora y siempre.

Y en el arrebato de su cariño, cogió mi mano, la llevó á sus labios y la oprimió después contra el pecho. En seguida se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó abundantes y silenciosas lágrimas.

La presencia de don Javier interrumpió nuestro coloquio.

—¿Qué noticias? preguntó Teo enjugándose las lágrimas.

—Malas, malísimas, contestó don Javier. Las crisis se suceden á cada momento.

Y luego agregó:

—Mala suerte les ha tocado á ustedes con esta enfermedad. ¡Cuán alegres estaríamos á no ser por ella! Pero Dios lo ha

querido de otro modo; no hay más que tener paciencia.

Sin decir más, cogió á Teo por el brazo y se lo llevó consigo.

Entretanto, me he venido á mi alcoba para trazar estas líneas.

Dentro de poco seré la esposa de Teo y habrá concluido la situación equívoca en que me hallo. Entonces le exigiré que me revele ese secreto que tanto le apena, y lo consolaré con las expansiones de mi cariño.....

XI

Anoche, ya muy tarde, y varias horas después de escrita mi carta anterior, llamó Teodoro á la puerta de mi habitación; y como me tenían en vela las emociones del día y el cuidado de Gabriel, salí á la galería con presteza. Estaba oscura y desierta. Sólo en un ángulo lejano, se veía luz á través de la puerta entornada de la alcoba del enfermo. Reinaba por todas partes un silencio triste y doloroso.

—¿Ocurre algo extraordinario?, pregunté á Teo con no disimulada emoción.

—Que mi hermano sigue agravándose, repuso con voz sorda; madre acaba de decírmelo.

—Válgame Dios, exclamé hondamente afligida. ¿No hay ninguna esperanza?

—Los Dres. aguardan una crisis decisiva. Dicen que cualquier emoción puede pro-

vocarla, y que será mortal ó salvadora.
—Espero en Dios que ha de ser salvadora.

—Así debemos esperarlo. Entretanto, es indispensable suspender la ceremonia, agregó con voz vacilante.

Casi no me sorprendió la indicación, pues varias veces habíamos hablado de ello, y era, además, impropio é inhumano pensar en desposorios, en aquellos momentos terribles.

—Es natural, repuse sin afectación; las circunstancias lo exigen.

—Es natural, pero triste, objetó Teo.

—¿Y los preparativos?

—Todo se ha mandado suspender por orden de mis padres.

No sé por qué, al oír aquellas palabras, sentí un golpe en el corazón, como si en lugar de ser esas, hubieran sido estas otras: "ya no habrá matrimonio." Disimulé la pena, y por no darla á conocer, proseguí con aparente tranquilidad:

—Vale más que se haga todo bajo mejores auspicios, cuando Gabriel esté fuera de peligro... Voy á guardar el vestido, el velo, la corona....

—Sí, es mejor que guardes todo eso.

Me pareció que temblaba su voz, y aun, en mi preocupación, se me figuró distinguir en la obscuridad, sus facciones contraídas por la angustia. Calló algunos instantes, como si vacilase, y luego continuó con voz entrecortada:

—No es eso todo lo que tengo que decirte, Ester mía; ten ánimo para recibir otro golpe.

—¿Qué más? interrogué ansiosa.

—Que me voy esta misma noche.

—¿Para dónde? exclamé. ¿Por qué te vas?

—¿Lo sé yo mismo? A cualquier parte, lejos ó cerca; lo que importa es no estar en este lugar.

—Pero ¿por qué? ¡Irte en estos momentos! ¡Separarte de mí y dejar á Gabriel moribundo!....

—Tienes razón de extrañarlo, repuso con sollozos mal comprimidos; es singular.... parece indebido;.... pero mira, Ester mía, es indispensable.... Va la vida de Gabriel de por medio.

—No entiendo la relación que pueda haber entre una y otra cosa.

—Te lo voy á explicar.... Te dije opinaban los doctores que la vida de mi hermano depende de una crisis decisiva, y que esa crisis puede matarlo ó salvarlo.

—¿Y bien?....

—Que es preciso intentar esa crisis suprema lo más pronto posible, y que yo soy quien la ha de provocar.

—¿Y tú por qué?

—Porque así lo disponen mis padres y los doctores.

—¿Y cómo vas á hacerlo?

—Empleando los medios que acabo de decirte: suspender el matrimonio y marcharme de la casa.

—Inútil, repuse con viva incredulidad; ni una ni otra cosa lograrán conmooverlo en el estado de abatimiento en que se halla.

—Te equivocas, replicó con vehemencia que no puedo explicarme; ambas le harán una profunda impresión....

—Pero puede morirse.

—O salvarse: yo creo que lo salvaré.

Incliné la cabeza, persuadida de que era inútil toda resistencia.

—¿Y cuándo te vas?, le pregunté casi llorando.

—Ahora mismo.

—No, no tan pronto, objeté adelantando la mano en la oscuridad, como si quisiera detenerlo. Pero la retiré con viveza al tocar sus ropas.

—Es preciso, insistió con voz sorda; ahora ó nunca. Dentro de unos momentos sería tarde.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en volver?

—El que sea necesario.

—¿Si se muere?

—Volveré sin pérdida de momento, contestó con tono que parecía impregnado de esperanza,

—¿Y si se salva?

—Entonces mi ausencia será larga....

Pronunció estas palabras trabajosamente. Entretanto, oía yo su respiración anhelosa, y hasta los latidos de su corazón. Las lágrimas de sus ojos caían en gruesas y calientes gotas sobre mis manos.

—¿Por qué lloras?, le pregunté gimiendo. Parece que te despides para siempre.

—No tengas esas ideas; no seas niña.

—Pues asegúrame que volverás pronto.

—Sí.... lo más pronto posible.

En aquellos momentos salió doña Tula apresurada del cuarto del enfermo, pasó sin vernos cerca de nosotros, y siguió hacia la cocina.

—Pobre madre, articuló Teo como despertando de un sueño. Es preciso separarnos.... así lo he prometido. Es ya muy tarde, Ester. Adiós..... No, adiós, no, hasta la vista.

—Un momento, le dije, espérame.

Y entrando en mi cuarto, cogí un ramito de "no me olvides" del florero de mi tocador y un pequeño Sagrado Corazón de seda y oro que había hecho con mis propias manos para dárselo el día de nuestra boda. Luego volví á salir.

—Teo, le dije, antes de que te marches, quiero darte dos recuerdos. Este ramito de "no me olvides," que voy á colocar yo misma en el ojal de tu jaquet....

Y haciéndolo como lo decía, tomé su saco por la solapa, busqué á tientas el ojal y coloqué el ramito.

—Y este Sagrado Corazón, proseguí, que quiero yo también prender en tu chaleco, para que te acompañe por todas partes y te defienda de todo peligro....

Y aplicando el alfiler que había dispuesto en el extremo superior de aquel objeto piadoso, le aseguré en el chaleco.

—Aquí, continué, sobre el corazón, sobre ese corazón que es mío. (Y acentué mis palabras apoyando la mano sobre el corazón de Teo); aquí está bien, para que te libre de todo daño.... y, sobre todo, de la ingratitud y del olvido.

—¡La ingratitud! ¡el olvido! exclamó Teo. No, ¡eso nunca!... ¡Yo ingrato?... ¡Yo perjuro?... Ni muerto, Ester.... Te quiero sobre todas las cosas, más que á Gabriel, más que á mi padre, más que á mi madre, más que á todo el mundo.... Cuando me muera, llevaré tu imagen grabada en el fondo de mi corazón, como una marca de fuego, como una chispa de luz.

Y tomándome por el talle, me estrechó contra el pecho, y me besó en la frente con ósculo prolongado.

Luego se alejó por la galería sumida en tinieblas. Yo me quedé atónita en el lugar donde me dejó.

No tardé en oír sus pasos por el portal;

luego el ruido de los cerrojos del zaguán; después continué oyendo el rumor de su marcha por la calle silenciosa, hasta que desvanecida por la distancia, se perdió por completo.

No sé cuánto tiempo después entré en mi alcoba, y echándome sobre el lecho, me entregué al consuelo de las lágrimas, llorando mucho y amargamente, hasta que me sorprendió la luz de la mañana.

No estaría tan triste si diese á este acontecimiento el sentido que oí de los labios de Teo; pero á mi pesar, le doy otro, no sé cuál, pero otro muy malo. Puedo morir, puede morir.... U olvidarme.... No, eso no. Me ha jurado amor con acento de verdad.... Es incapaz de engañarme.... Es bueno.... Me quiere.

XII

Esta mañana, muy temprano, vino doña Tula á informarse de mi salud. La recibí llorando, como había pasado la noche. En cambio, me pareció ella algo más tranquila que de costumbre.

—No he dejado de pensar en vd. desde ayer, me dijo. Consideraba su aflicción.

Respondí afirmativamente con la cabeza.

—Tiene vd. razón, hija: la sorpresa de-

be haber sido muy dolorosa; pero algo se tiene que hacer por los que sufren; más cuando son padres y hermanos.

—Sí, señora, repuse sollozando; Teo hizo muy bien.... yo no me he opuesto á nada.

—Niña, no digo eso, prosiguió la buena señora. Ya se sabe que es vd. nuestra hija y que vd. también es capaz, por nosotros, de las mayores abnegaciones. Dios se lo ha de pagar.... He venido á ver si en algo puedo servirla, y á consolarla, como su madre.... como su verdadera madre.

En esto entró don Javier.

—Pobrecita niña, dijo el doctor acercándose á mi lecho y poniendo su mano enorme sobre uno de mis hombros. ¡Qué noche! ¡Terrible para todos! Por lo visto, vd. no se ha quitado el traje.... Ni ha cesado de llorar.

—Sí, señor, repuse ocultando el rostro entre las manos y derramando nuevas lágrimas.

—Vamos, vamos, continuó el doctor con una ternura que nunca le había conocido; no es para tanto, chiquilla. Y sentí que me acariciaba la frente y me arreglaba la cabellera desordenada.

—Dios se lo ha de pagar, agregó doña Tula con acento inseguro. Todas las buenas acciones tienen su recompensa.....

Ya verá vd., niña, ya verá como Dios la hace muy dichosa.

Y la buena señora se puso á llorar más ruidosamente que yo.

—¿Pero volverá pronto?, interrogué sin ver á mis interlocutores.

Ninguno de los dos respondió. Hubo un silencio de algunos instantes, y yo, creyendo que no me habían oído, volví á preguntar:

—¿Volverá pronto?

—Eso no se sabe, ni puede saberse por ahora.... repuso el doctor titubeando.

—Será lo que Dios disponga, saltó doña Tula.

—¿Por qué dicen ustedes eso?, pregunté dejando de llorar y mirando á uno después de otro.

—Por nada, repuso don Javier; porque si Gabriel siguiese mejor y viniese Teodoro, todo se perdería.... Usted lo comprende.

—Yo no comprendo nada, objeté con alguna irritación.

—Sí, continuó doña Tula, la vuelta de Teodoro sería muy mala señal; significaría que Gabriel hubiese muerto.

—¡Dios nos libre!, exclamé.

—Pues entonces, resígnese vd., dijo el doctor.

—Haré lo posible, señor, repuse con sumisión,

—En cambio, continuó doña Tula, tenemos que dar á vd. una buena noticia.

—¿Cuál?, pregunté reanimada, creyendo que se refería á Teodoro.

—Que Gabriel ha salido regularmente de la prueba, prosiguió el doctor.

—¿De cuál prueba?, insistí.

—De la prueba de la sorpresa, contestó doña Tula; de la sorpresa que le causó la suspensión del matrimonio y la partida de Teodoro.

—Antes de dársela, continuó el doctor, nos prevenimos para un caso funesto. Dos compañeros y el sacerdote estaban conmigo. . . . Yo fui quien le dió la noticia. Creí de pronto que no me había oído, porque no dió señales de ello; pero se la repetí dos ó tres veces en voz alta, y al fin abrió trabajosamente los ojos y movió los párpados para hacerme comprender que me había entendido. No le dije ya más, y aguardé lleno de ansiedad. Se le colorearon un poco las mejillas y su respiración se hizo más precipitada. Mis compañeros y yo le hicimos aspirar algunas sales para darle fuerzas, y continuamos en observación. Por fortuna, el estado de excitación fué calmándose paulatinamente. Al fin, entró en reposo y pareció dormir unos instantes. A la madrugada habló algunas palabras incoherentes; pero cuando le pregunté cómo se sentía, pudo reconocerme

y me contestó que algo mejorado. Ahora su pulso está menos débil y menos frecuente, y es más regular.

—Yo también le veo mejor, continuó doña Tula. Aunque no soy doctora ni entiendo nada de medicina, puedo asegurar que está mejor.

—Dios ha de querer que nuestro sacrificio no sea estéril, concluí al ver cuán honda y sentida era la alegría de mis bienhechores.

Pero no pude decir más. En aquellos breves momentos se libraba en mi corazón una terrible lucha. Pensaba que si Gabriel mejoraba, tardaría Teo en volver; y que si se moría, volvería luego. Pero no podía desear que se muriese el enfermo, ni que se prolongase la ausencia de Teo. Confusa, guardé silencio, y procuré no desear nada, confiándolo todo á la misericordia de Dios.

XIII

He sido engañada, traicionada, burlada. Teodoro no me ama ni me ha amado nunca. No quiere casarse conmigo; nunca seré su esposa.

Al trazar estas palabras, siento que la tierra se hunde bajo mis pies y que el cielo se desploma sobre mi cabeza; se hace

en mi derredor un gran silencio, y me veo sola, infeliz, sin esperanza. No hay mujer en el mundo que haya querido más que yo, que haya sido más sincera, ni que haya entregado más completamente su alma, su porvenir y su vida al objeto de su amor. Ví en Teodoro al joven hermoso, leal y bueno, digno de ser no sólo amado, sino adorado; y lo embellecí en mi imaginación prestándole todos los atributos que pueden hacer grande y noble á una figura amada. Creí en él y en sus palabras como en las de un ángel; y me hubiera dejado martirizar, crucificar, hacer pedazos por esa fe profunda que me inspiraban su bondad y su cariño.

¿Qué le había hecho yo para que me hiriese en la mitad del corazón? ¿Qué acción mía pudo despertar en él la saña despiadada con que me ha atormentado? ¿Por qué me aborrecía más, á medida que yo le quería con mayor arrebato?

Lo, que más me sorprende es su habilidad para el fingimiento. Quien le hubiera visto palidecer ó ruborizarse delante de mí, mirarme con expresión apasionada, sonreírme con dulzura, hablarme con lágrimas en los ojos y rodearme de tantas atenciones y finezas, nunca hubiera podido suponer que no me quisiese de veras.

Y luego ¿para qué todo eso? ¿Qué se propuso al engañarme? Nos hubiéramos

tratado como hermanos, nos habríamos estimado como amigos, si él lo hubiese querido; y jamás hubiera lastimado mi corazón ni me hubiera hecho derramar lágrimas. Pero se empeñó en inspirarme otro afecto, y á fuerza de juramentos y de ruegos, acabó por conquistar todo mi albedrío.

Soy una pobre huérfana que debe cuanto es á la infinita bondad de dos almas nobles. No dolerse de mí, no tener compasión de mi suerte, y hacer ludibrio de mi desamparo, es manifestarse indigno de sus padres. Nunca hubiera sospechado que aquel Teo tan dulce fuese capaz de tamaña traición con una mujer infeliz, que no ha cometido más delito que el de quererle.

Han pasado seis meses desde que Teo salió de esta ciudad, y de entonces acá, no me ha escrito una sola carta. Al principio lo atribuí á sus viajes constantes, y á que no tendría tiempo para nada. Supe al fin que estaba en México, y que allí había fijado su residencia. Pero en vano continué esperando sus letras, las que habían de consolarme, las que habían de infundirme aliento, las que habían de darme esperanza. Su silencio ha sido espantoso. Algunas veces pensé escribirle; pero el sentimiento de mi dignidad se ha rebelado. No, no soy yo quien ha debido solici-

tar sus atenciones; es él quien ha tenido que satisfacerme y que buscarme. Entretanto, hace medio año que no veo á la luz de mis ojos y que no endulzo mis labios con el nombre de Teodoro, con ese nombre que me es tan querido y que hace palpitar tan locamente mi corazón.

Siempre que me he quejado con don Javier ó con doña Tula de la ingratitud de su hijo, le han defendido diciendo que es bueno, que están persuadidos de su bondad y que no debo creer de él sino lo mejor. Su lenguaje me ha sorprendido mucho, y más todavía su silencio respecto á la causa de la extraña conducta de Teodoro.

No sólo siguen queriéndome como siempre, sino que parecen quererme más todos los días. Me colman de atenciones, me rodean de finezas, y me tratan en todo como á persona de su casa y familia. Aquí hay un misterio que no alcanzo á descifrar. Porque si los padres de Teodoro son buenos ¿por qué no se indignan de la conducta de su hijo? Y si me quieren ¿por qué no levantan su destierro? ¡Qué horrible es la incertidumbre! Por poco no me han vuelto loca por una parte el silencio de Teo; y por otra, la fe de sus padres en su rectitud, la estimación que le siguen profesando y la serenidad con que ven su proceder. En el fondo de mi corazón bri-

llaba latente una débil esperanza; aguardaba que este cruel misterio llegase á disiparse, y no estimaba imposible que algún día volviese á mi lado el ausente, más cariñoso y rendido que nunca.

Voy á decirte cómo he salido del error.

Para eso, debo poner en tu conocimiento que Gabriel está inconocible. Desde el día en que la crisis predicha por los doctores se manifestó, ha seguido en constante progreso su restablecimiento. Han cesado los espasmos, los accesos de asfixia se han hecho raros y las fuerzas han ido volviendo paulatinamente á su organismo. Así que, puedo ya ver al enfermo y consagrarle mis cuidados, pues mi presencia no le produce ya los antiguos trastornos. Pensando que es hermano de Teodoro, profundamente lastimada por sus sufrimientos, y no hallando otro desahogo á mi anhelo de consagración á nobles objetos, he tomado á pechos velar por su salud y hacerle llevadera su difícil convalecencia. Así también he procurado dominar mis malas pasiones, que solían inspirarme sentimientos perversos contra ese pobre joven exangüe y medio difunto.

Por su parte, se manifiesta Gabriel muy complacido de mi compañía y sumamente reconocido por mis cuidados. Así he pasado á la cabecera de su cama días tras días en constante coloquio con él, ó leyéndome

libros de su agrado, para hacerle menos pesada la inacción.

La gratitud que me tiene es tan grande, que algunas veces, al darle alguna medicina ó prestarle cualquier servicio, se le han llenado los ojos de lágrimas y me ha dicho con acento conmovido:

—Ester, Dios se lo pague; es vd. un ángel.

En el fondo de la conciencia, te confieso que hallo una satisfacción exquisita en aliviar las penas de Gabriel, y mayor todavía en pagarle de esta manera los males que indirectamente me ha hecho. El nunca podrá saberlo; pero yo sí lo sé, y este conocimiento me eleva á mis propios ojos.

Nunca habíamos hablado Gabriel y yo de la ausencia de su hermano. Parecía que había un convenio tácito entre los dos para hacer punto omiso de ello: yo por temor de sobresaltar su sistema nervioso, y él por consideración á mi abandono.

Al fin, como el joven ha recobrado las fuerzas, ha dejado el lecho y está algo más sosegado, me he atrevido á tocarle ese punto. No pudiendo sacar nada en claro de mis conversaciones con el doctor y su esposa, no me ha quedado otro camino que seguir, para salir de mis dudas.

Esperé, pues, un día en que estuviésemos solos, y cuando me hube cerciorado de que nadie nos oía, le hablé de esta manera:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

Se sobresaltó al oírme, y me miró con ojos suplicantes. Yo insistí:

—¿Qué sabe vd. de Teodoro?

—Está en México, repuso procurando serenarse.

—¿Bueno?

—Bueno.

Callamos un momento: yo convulsa, él lívido.

—Creí que estuviese enfermo, proseguí con voz velada por la emoción.

—¿Por qué?

—Porque no me ha escrito.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se fué.

Callamos de nuevo, ambos muy agitados. Yo no apartaba los ojos de su semblante, procurando hallar en sus menores contracciones alguna luz que me iluminase. Gabriel, presa de visible malestar, procuraba evitar mis miradas. Al fin, exasperada, abordé el asunto con resolución.

—Por caridad, le dije juntando las manos, sáqueme vd. de la horrible tortura en que vivo. Dígame vd. la verdad, aunque sea muy cruel y dolorosa. Todo es preferible á mi situación.

—No comprendo lo que quiere vd. decirme, repuso.

—No es verdad.

—Seriamente, se lo aseguro.

—¿No quiere vd. ahorrarme el sonrojo? Pues se lo diré con todas sus letras. ¿Qué significa la conducta de Teodoro?

—¿Su ausencia?

—No, su desvío, su silencio, su ingratitud.

—No me pregunte vd. esas cosas, porque las ignoro, repuso con alarma. ¿Qué quiere vd. que sepa desde mi alcoba? Siempre postrado en el lecho, ó recluso en este sillón....

De ese modo, el enfermo, resguardándose con sus dolencias, procuraba como las tortugas, meterse en su carapacho, y no ver, ni oír, ni saber nada; pero resuelta á despejar la incógnita y perdida toda moderación, no le permitió gozar de aquel refugio.

—No tienen ustedes piedad de mí, le dije casi llorando. Los padres de vd., todos los de esta casa han formado una liga para torturarme. Hacen bien. ¿Qué compasión merezco? Demasiado hacen con tenerme en su casa.

Mis palabras vulgares é injustas me repugnaban á mí misma; pero decidida á saberlo todo, á cualquiera costa, no me detuve.

Las mejillas del convaleciente se arrebolaron, le temblaron los labios, vaciló un momento, y luego exclamó:

—No sea vd. mala. Usted bien sabe que

todos le tenemos un afecto acendrado; y que yo en particular le consagro una devoción infinita.

—Pero entonces ¿por qué se complacen en atormentarme?

—Nadie tiene esa complacencia.

—Suponiendo que no se complazcan en ello; el hecho es que me atormentan.

—¿Le he dado á vd. motivo de queja?

—Sí: no es franco conmigo. No quiere decirme la verdad, y con sólo eso me hace sufrir mucho.

—Ignoro á qué verdad hace vd. referencia.

—Ya se lo dije: á la significación de la conducta de Teodoro.

—De eso no sé nada; no es cosa mía.

—Sí; vd. lo sabe, pero no quiere decirme.... ni le importa verme sufrir.

Ví en el rostro de Gabriel retratada una lucha penosa. Parecía que iba á hablar, pero callaba. Yo continuaba observándole con ojos interrogadores, y él ora apartaba de mí los suyos, ora volvía á verme, presa de visible inquietud.

—¿Lo ve vd.? insistí apoyando la presión en el punto sensible, vd. no se interesa por mí; nada significa para vd. verme en ridículo y desairada; no me tiende la mano ni me protege.

Mis palabras causaron en el ánimo de Gabriel todo el efecto deseado. Le ví po-

nerse pálido y respirar anheloso, como si le comenzara la asfixia. Me miró larga y profundamente, y extendiendo la mano como para hacerme callar, repuso con vehemencia:

—No; le prohibo á vd. que diga eso. Me ofende que lo diga y hasta que lo piense. Bien sabe Dios que muy otros son mis sentimientos.

—Pues demuéstremelo, respondí. No me bastan las palabras: quiero los hechos.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¿A qué preguntármelo tanto? Se lo he dicho muchas veces. La verdad, toda la verdad. ¿Por qué no me escribe Teodoro? ¿Qué significa su silencio?

Pareció vacilar todavía; pero leyó en mis ojos una voluntad tan firme, una interrogación tan apremiante y una súplica tan dolorida, que haciendo un gran esfuerzo, me dijo:

—Pues bien, ya que vd. se empeña en saberlo, se lo diré; pero ¿tendrá vd. fuerzas?....

—No me faltarán, repuse; no tenga vd. cuidado.

—Teodoro calla....

—¡¡ Calla!!.... Prosiga vd.

—Porque quiere que vd. entienda....

—¿Qué?

Volvió á vacilar.

—¿Qué no me quiere ya?, proseguí.

No atreviéndose á afirmarlo con los labios, lo hizo con la cabeza.

No pude hablar; me ahogaron los sollozos. Aquella verdad por tanto tiempo entrevista, se me presentó clara y distinta. Pareció que un gran peso se había desplomado sobre mi corazón. Quedé anodada y lloré mucho, mucho. Entretanto, Gabriel guardaba silencio también, respetando mi dolor, y yo, aunque no le miraba, sentía sobre mí sus ojos compasivos.

Al fin pude desahogar mi angustia balbuciendo:

—¡Ingrato! ¡Quién lo hubiera pensado!... No hice más que quererle y él me destroza el corazón.... Bien hace en tratarme de ese modo.... ¿Qué consideraciones merezco?.... Soy una mujer infeliz que vive de la caridad.... Conmigo se puede hacer cuanto se quiera.

—Ester, me interrumpió Gabriel con acento de reproche, no tome vd. las cosas por ahí. Y sobre todo, no envuelva vd. á todos en sus acusaciones. Aquí todos la queremos y la respetamos....

—¿Y Teodoro?, exclamé.

Gabriel no respondió.

—Otro favor, proseguí sollozando. Quiero saber la causa del resfrío de su hermano.

—La ignoro; si la supiera, á fe de caballero se la diría.

Alcé los ojos y le ví fijamente. El me miró también, y leí en los suyos la sinceridad de su respuesta.

—No creo haberle dado motivo de queja, continué. Le quise de verdad y con toda el alma. Tal vez haya sido ese mi delito.... Debí habérselo ocultado, y no haberle dicho todo lo que le quería. Los hombres, cuando se sienten queridos, se llenan de engreimiento.... Pero yo no tengo arte, ni disimulo, y creí que él también era sencillo, y que carecía de doblez.

—Excúselo vd., Ester, en todo caso, es un desgraciado. Suponiendo que mi pobre hermano abandone á vd. por esa causa, ó por ambición, ó por codicia, ó por cualquier otro motivo, perdónele; sea generosa. Usted, que es buena, vd. que es un ángel, no sabe lo que son las pasiones, ignora hasta dónde pueden conducir á las almas más buenas.

—No, repuse; no le perdono. Sería hipócrita si lo dijera. Su falsedad y su felonía no merecen mi generosidad..... Ni ahora ni nunca.

En esto entró doña Tula y cortó nuestro diálogo.

—¿De qué se trata?, dijo alarmada al ver mi actitud.

—Hablamos de Teodoro, repuso Gabriel con embarazo.

—Todo lo sé, señora, exclamé llorando y con voz de reproche.

—¿Qué sabe vd., hija?, volvió á preguntar doña Tula.

—Que Teodoro me ha engañado, que desde que se fué lo hizo con el propósito de romper conmigo.

—¿Cómo lo sabe vd.? ¿Quién se lo ha dicho?, exclamó la buena señora pretendiendo disimular todavía.

—Yo, contestó Gabriel con entereza. Ella lo ha querido; me lo ha exigido, me ha obligado á decírselo.

Doña Tula por toda respuesta me enlazó con sus brazos, y uniendo al mío su rostro marchito y lleno de piedad, se echó á llorar conmigo, confirmando así tácitamente la revelación que su hijo acababa de hacerme.

Ya ves, querida prima, cómo he sido engañada y abandonada por el hombre á quien tanto quise, á quien tanto quiero y á quien nunca dejaré de querer.